

(y esto es muy característico), que dejara pasar aquellos soldados por su territorio. Dijose entonces que la orden se iba a apoderar de toda la archidiócesis para bien de la cristiandad en general y del imperio romano en particular. La proscripción y el anatema que Blankenfeld había conseguido del emperador y de Roma contra los adeptos de las doctrinas de Martin Lutero en Livonia, produjeron, en tales circunstancias, un efecto muy distinto del que el arzobispo esperaba, pues que en vista de estos decretos se convino, bien que sin acuerdo formal, en «que todos los portadores de cartas y los que sirvieran á los sacerdotes en tales asuntos, fuesen presos y ahorcados á las puertas de la ciudad.» Los caballeros de la archidiócesis vigilaban rigurosamente á su señor y



Sello de Juan VII Blankenfeld, arzobispo de Riga y obispo de Dorpat. — Tamaño del original.

En el campo un tabernáculo y debajo de él el arzobispo con la diestra levantada en actitud de dar la bendición; en la izquierda, el báculo; en cada uno de los coros laterales un ángel en oración. Encima la coronación de María y á sus lados otros ángeles orando. En el exergo un escudo dividido en seis campos iguales dos á dos: en el 1 y 5 las armas de la archidiócesis de Riga; en el 2 y 6 las de la diócesis de Dorpat y en el 3 y 4 las de la familia del obispo, que consisten en un freno sencillo de caballo entre dos estrellas. Inscripción: · SIGILLVM · D · I · IOHANNIS · ARC · EP · RIGENSIS · ET · EPISCOPI · DORPATENSIS · — De un documento de 1526. Colección de Toll.

mientras tanto se hacían todos los preparativos para emanciparse de la soberanía del arzobispo y de todo lo que fuese eclesiástico.

Esta emancipación se consumó en las dietas de Ruyen y de Wolmar de 1526.

La asamblea de Ruyen fué preparatoria. Por orden del maestre se reunieron los Estados para deliberar acerca de las medidas que debían adoptarse contra Blankenfeld. Todas las ciudades y todas las órdenes de caballería estaban allí representadas, siendo las primeras las que en términos mas severos se expresaron, pues acusaron al arzobispo de graves delitos y aun le infamaron; decían que por cosas mas leves se había llevado al tormento á los delincuentes y se les había hecho morir en la rueda, y añadian que lo mismo procedía hacer entonces.

La deserción de los partidarios de Blankenfeld fué, pues, completa, y las ciudades declararon que era de todo punto necesario poner al país bajo el régimen de un soberano. Las actas de las discusiones que en aquella ocasión se sostuvie-

ron indican, á pesar de su extremada concisión, que se preparaba un acuerdo de gran trascendencia. El burgomaestre de Riga manifestó que habían acudido allí para dotar al país de gobierno, de paz y de unidad. No poco influyó en la opinión general la lectura de una carta de Lubek, en la cual la antigua gerente de la liga anseática manifestaba su satisfacción al ver que se trataba de nombrar al ilustre señor maestre soberano único de toda la Livonia.

El acuerdo decisivo debía tomarse, según parece, en Wolmar.

El jueves antes del quinto domingo de cuaresma (15 de marzo de 1526) se reunieron en Wolmar los enviados del consejo y los demás delegados de las ciudades: Plettenberg, que había llegado antes que ellos, les concedió audiencia el siguiente sábado. No habiendo las ciudades podido conocer en aquella entrevista la verdadera opinión del maestre, decidieron no apremiarle y esperar á que quedara resuelta la cuestión del arzobispo, no sin reiterar al mismo tiempo su firme propósito de permanecer, vivir y morir en la obediencia de la palabra de Dios.

Acudieron también allí los demás estados de Estonia, Livonia y Curlandia, los prelados y los caballeros.

De las interesantes discusiones en la asamblea sostenidas, solo podemos dar un ligero extracto. La opinión contraria al arzobispo era extremadamente acerba ó «en cierto modo dura,» según se dice en la relación de las sesiones de la dieta. Los diez y ocho plenipotenciarios de Blankenfeld, excelentes hombres todos ellos, fueron recibidos por el maestre en el gran Refectorio á presencia de los estados y suplicaron que no se publicasen ante los estados generales las declaraciones contra el arzobispo, sino que se procediera á una discusión amistosa, que era para lo que llevaban sus poderes. Los que el arzobispo les había otorgado y en los cuales procuraba asegurarse contra toda merma que se pretendiera de sus honores, dignidad, territorio, bienes y gobierno, fueron considerados insuficientes, y habiendo los delegados garantizado que todo cuanto ellos conviniere sería cumplido, se les manifestó que como su señor no merecía crédito alguno, la discusión solo podía tender á la indemnización de los perjuicios por él sufridos y á la ocupación de los castillos fronterizos. En seguida se comenzó á tomar declaración á los testigos: las inculpaciones principales contra el arzobispo no se hicieron, sin embargo, delante de todos los estados reunidos, sino delante de un consejo reducido cuyos miembros se obligaron bajo pena de la vida y de la pérdida de sus bienes, á no publicar nada de lo que en él se tratara en secreto.

Este secreto fué tan bien guardado, que ni aun hoy podemos formular un juicio claro acerca de las maquinaciones del arzobispo. El día 24 de marzo intervinieron en este asunto los mensajeros del duque de Prusia y los del obispo de Wilna. Súpose luego que el arzobispo se había puesto en camino pero que había regresado con su corte al castillo de Ronneburgo en cuanto tuvo noticia de que el maestre prometía defenderle contra toda violencia y toda sorpresa, pero no ampararle en la cuestión del derecho y del reconocimiento jurídico.

Después de largos debates, los prelados de las diócesis de Oesel y de Reval propusieron que se confiaran el cuidado y la custodia de la diócesis de Riga á los respetables caballeros rigenses, los cuales obligarían á su señor á renunciar á todo auxilio extranjero, á anular, revocar y subsanar cuanto hubiese, quizás, proyectado, iniciado y puesto en obra en las cortes y gobiernos del Papa, del emperador y de cualquier otro señor ó príncipe extranjero, á desistir de toda hostilidad por los hechos consumados jurídica y efectivamente, por las injurias que se le habían inferido y por la prisión á que se le

había sometido, y á reconocer el estado de cosas que había creado en el país el acta de compromiso recientemente publicada. Los estados no se daban por satisfechos con esto, sino que decían que habiendo el arzobispo violado el compromiso, quedaban ellos desligados de la obligación de cumplirlo por su parte; así es que se siguió tomando declaración á los testigos de cargo contra el arzobispo.

Plettenberg rechazó el ofrecimiento que le hizo Dorpat de someterse á él de una manera análoga á la de Riga: cierto que había prometido defender á los caballeros de la diócesis dorpatense, pero desde el momento en que ellos estaban en lucha con la ciudad no podía dar pábulo al disgusto y á la rebelión del país protegiendo á una clase contra otra. Era, pues, preciso que ante todo se zanjaran las contiendas que entre las dos partes existían.

Los representantes de las ciudades se despidieron después de haber tratado de la fundación de una escuela en que se enseñaran tres idiomas, hebreo, griego y latín, reservándose el maestre la facultad de volverlos á reunir cuando fuese necesario.

De modo que, contra lo que todo el mundo esperaba, no se adoptó ningún acuerdo definitivo.

Por ello se censuró duramente al maestre, que había tenido en sus manos todo el porvenir de Livonia y que podía haberse proclamado único señor temporal del país.

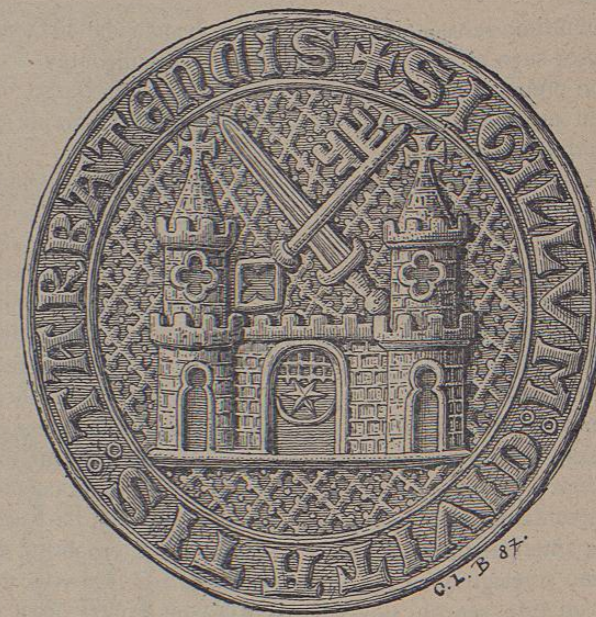
Pero bien miradas las cosas esta censura resultaba de todo punto injustificada. La concordia del país era solo aparente: Plettenberg, que entonces estaba por encima de los partidos á los que recíprocamente defendía, no podía ponerse al frente de los livonios mas que como jefe de partido, y como tal hubiera tenido por enemigos á la mitad del país y á todos sus vecinos. Esta situación debía cambiar de repente. En frente del soberano protestante — que protestante tenía que ser por fuerza el que obtuviera la soberanía — la conducta de Blankenfeld hubiera parecido, á los ojos de los partidarios resueltos de lo antiguo, rodeada de la aureola de la legalidad y su paciencia habría merecido los esplendores del martirio. Además, la religión luterana no era en modo alguno la preponderante en aquel país, pues innumerables intereses apoyaban todavía la antigua constitución y los antiguos abusos introducidos en la fe y en las doctrinas, figurando en este número los obispos con sus parciales, los poderosos canónigos emparentados con las familias nobles, un vigoroso partido entre las órdenes de caballería y aun en el seno de la orden y por último el mismo Plettenberg, que, á juzgar por lo que sabemos, distaba mucho de aceptar con todas sus consecuencias la Reforma, la cual precisamente entonces había sido causa de excesos que en alto grado le repugnaban. Melchor Hofmann había regresado á Dorpat y promovido una terrible destrucción de imágenes; en Curlandia un sacerdote de la orden se había separado arbitrariamente de ésta, dando con ello un ejemplo peligroso; entre los campesinos reinaba gran efervescencia; en una palabra, en ninguna parte á donde el maestre tendiera su vista encontraba una garantía de desenvolvimiento pacífico y tranquilo bajo el imperio de la Reforma.

De mayor peso todavía eran las razones que, teniendo en cuenta la política extranjera, se oponían á la secularización de Livonia; en efecto, de realizarse esta secularización, el rey de Polonia, como patrono del arzobispado de Riga, encontraría un pretexto para intervenir en los asuntos livonios, y el gran duque de Moscovia no vacilaría seguramente en presentarse como vengador del arzobispo. Las relaciones entre Brandeburgo y Riga y las pretensiones del marqués Guillermo subsistían; las relaciones con Suecia y con Dinamarca estaban muy tirantes, reinando entre ambas partes mútua descon-

fianza; y en cuanto al brazo del emperador y del Papa, si bien no llegaba directamente á Livonia, era bastante fuerte para proteger á todos los enemigos de Plettenberg.

El maestre supo muy bien lo que se hacía cuando se negó á acceder á los deseos de las ciudades que le instaban para que fuese el soberano temporal de Livonia, pues con su negativa consiguió la unión de todo el país sin destruir las bases fundamentales de su tradición política.

La dieta de Wolmar demostró al arzobispo que en lo sucesivo estaría completamente aislado, ya que realizada á pesar suyo la reconciliación entre Dorpat y los caballeros diocesanos, quedaba completamente desarmado é impotente. En tales circunstancias, consideró prudente buscar cerca de



Sello de la ciudad de Dorpat. — Tamaño del original.

En el campo una muralla almenada con una puerta principal y dos secundarias: en la primera, entre el rastrillo levantado y un arco que une las dos jambas de la puerta, una estrella de seis puntas. Sobre la muralla, una llave y una espada. Inscripción: SIGILLVM CIVITATIS TARBATENSIS.

Plettenberg un medio de salir de tan desesperada situación y al efecto le suplicó que le enviara á uno de sus comandantes. El maestre después de alguna vacilación le envió á su canciller, á quien ofreció el prelado someterse por medio de juramento á la orden como arzobispo de Riga y obispo de Dorpat en la primera dieta general que se celebrara, persuadir á sus obispos sufragáneos (Oesel, Reval y Curlandia) que hicieran lo mismo y llevar en persona la confirmación del Papa y del emperador aprobando lo hecho.

Plettenberg aceptó esta oferta, que en la forma le era tan favorable; convocó para junio de 1526 una nueva dieta en Wolmar, bien que excluyendo de ella á las ciudades, y el día 15 del referido mes firmó el acta de compromiso en que se ponían en vigor todos aquellos planes.

La orden prometió al arzobispo, á los obispos, al cabildo y á los caballeros tomarles bajo su amparo y protección y ellos, en cambio, prestaron el juramento de fidelidad que les obligaba á dar á la orden un contingente militar y á prestarle consejo, auxilio y obediencia. Toda discordia intestina debía ser en lo sucesivo zanjada amistosamente ó por sentencia de tribunal: además, el arzobispo se obligaba á no hacer nada contra Riga sin conocimiento y aquiescencia del maestre, prohibiéndose á todos, bajo pena de pérdida de los honores y de la vida, solicitar la ayuda de los territorios vecinos ó de cualquier príncipe extranjero. Blankenfeld se comprometió

también bajo juramento á procurar con todas sus fuerzas la ratificación de este tratado por parte del Papa y del emperador.

Pero lejos de cumplir su palabra, salió de Wolmar en cuanto pudo y despues de una corta estancia en Ronneburgo se ausentó de Livonia (3 de agosto) y fué á pedir al emperador y al Papa que le relevaran de sus juramentos y que derogaran el convenio de Wolmar. A fines de 1526 se encontraba en Roma, donde permaneció hasta que en 6 de mayo de 1527 el condestable de Borbon asaltó la ciudad. Despues llevó una vida errante viviendo en Venecia, en Salzburgo, en Neumark y finalmente en España, y falleció en 9 de setiembre de 1527 en las cercanías de Palencia, donde fué enterado.

Su último pensamiento fué para Riga, recomendando como sucesor suyo al duque Jorge de Brunswick-Luneburgo, á la sazón preboste del cabildo de Colonia y de Estrasburgo, de quien esperaba que restableciera el antiguo poderío de la archidiócesis.

Mas sus deseos no se realizaron: á pesar de la recomendación del emperador Carlos V, Plettenberg consiguió que el cabildo de Riga eligiera arzobispo, en 6 de febrero de 1528, á un oriundo del país llamado Tomás Schoning, preboste capitular de la iglesia de Riga, y que le reconocieran como tal los caballeros de la archidiócesis. El maestre había creído tener en él un compañero complaciente, pero se engañó por completo: Schoning, con pretexto de impulsar el reconocimiento de su elección, se encaminó hácia el imperio con el encargo, que le había confiado el cabildo, de volver la archidiócesis á su pristino estado, es decir, hacerla enteramente independiente del maestre y ponerla en posesión de Riga, en la inteligencia de que, de no conseguir su propósito, él mismo se elegiría un coadjutor de familia real. En vista de que en este sentido intrigaba en Alemania contra Riga y contra la orden, el maestre consideró prudente tolerar que en Lubek, en donde á la sazón se encontraba Schoning, se entablaran con él y por conducto de Lohmuller una serie de negociaciones cuyo resultado fué pactar, en 30 de junio de 1529, una tregua de seis años. El arzobispo debía residir en Riga hasta tanto que ulteriores negociaciones trajeran una solución definitiva; á él y al cabildo les serian devueltos los bienes y las casas que la ciudad les había confiscado; ninguna de las dos partes contratantes se mezclaría en las contiendas de la otra; el consejo tomaría bajo su protección las fortalezas de Riga pertenecientes á la archidiócesis; Schoning, á cambio de todo esto, se obligaba á no oponer obstáculo alguno á la predicación del Evangelio. Pero como Lohmuller al concertar este tratado, que venía á destruir la esencia del convenio de Wolmar, se había extralimitado en sus poderes, protestaron de todo ello la ciudad de Riga y el maestre, á pesar de una carta de Martín Lutero recomendando la aceptación de aquel convenio, y formulóse contra Lohmuller una acusación por delito de traición á la patria. Las sospechas contra él concebidas no eran de todo punto injustificadas, pues continuaba en relaciones sumamente ambiguas con Brandeburgo, y el arzobispo Tomás, á raíz del convenio, se había dirigido primeramente al emperador pidiéndole que reconociera al príncipe Juan de Henneberg, que recientemente elegido coadjutor debía proteger á la diócesis contra el maestre, despues de lo cual marchó á Prusia. Allí Alberto le indujo á nombrar coadjutor al marqués Guillermo y conservador de la archidiócesis al mismo duque y á firmar con él una alianza contra todos los enemigos del arzobispado. Esto era tanto mas peligroso cuanto que el arzobispo Tomás prometía al marqués siete de sus castillos, entre ellos el de Ronneburgo.

La ciudad de Riga contestó á esto apelando á otras alianzas análogas con príncipes alemanes y firmando, en 29 de octubre de 1529, con el consejo, capitán y caballeros de la diócesis de Oesel una alianza para proteger la pública confesión de las doctrinas reformistas.

Plettenberg dejó sin contestar la notificación de la elección de Guillermo y persistió en el cumplimiento del compromiso de Wolmar, de 1526. Su situación, sin embargo, se agravó cuando Tomás Schoning se dirigió á Polonia y al Papa para llevar á ejecución el convenio de Lubek. Sería demasiado prolijo seguir en todos sus pormenores esta complicada cuestión, en la cual todos los enemigos de Livonia protegieron al arzobispo. Este, á fin de proceder con mas éxito contra la orden, envió á Alemania á su secretario privado, Antonio Morgenstern, para que recabara los decretos con sanción penal que habían de obligar al maestre y á la ciudad de Riga á restablecer por completo la autoridad del arzobispo tal como había existido en anteriores tiempos, y para el caso de que tales mandatos fuesen desobedecidos se había pensado ya en citar á los rebeldes ante el tribunal del imperio y en dictar contra ellos el decreto de destierro. Además de esto, las intrigas de Alberto de Prusia relativas á la coadjutoría de su hermano, según se creía en Livonia, tendían á poner á todo el país bajo el dominio de la corona de Polonia. El maestre, que vigilaba estrechamente todos los caminos que á Livonia conducían, consiguió en el verano de 1530 apoderarse de una carta dirigida al arzobispo, en la cual se explicaban los planes que él, Polonia y Prusia acariciaban. En ella constaban el tratado secreto que respecto de la coadjutoría habían concertado Alberto y el arzobispo, la copia de una carta dirigida al rey de Polonia sobre este asunto y todas las cartas que el duque Alberto había confiado á un canónigo para que llegaran á manos del arzobispo.

El maestre, provisto de estas pruebas documentales, convocó á los caballeros archidiocesanos y apelando á las amenazas les obligó á prometer que no aceptarían al marqués como coadjutor y que harían cuanto pudiesen contra él. Un emisario del arzobispo encargado de disculpar á éste fué «tardíamente y poco oído», de modo que Schoning creyó prudente huir á Kokenhusen, el mas fortificado de sus castillos, con todos sus consejeros, entre los cuales sobresalía Jorge de Ungern. El maestre, que no sin grandes esfuerzos pudo evitar el asalto de Kokenhusen, convocó á los demás prelados, á los comandantes y á todo el país á una reunión que debía celebrarse el domingo de carnaval (20 de febrero de 1530) y procuró nuevamente concertar una alianza general contra el arzobispo y los marqueses.

Esta alianza, sin embargo, no se realizó, pues el arzobispo y el duque Alberto habían preparado tan bien el terreno, que el proyecto de convenio fracasó ante la conducta de los caballeros archidiocesanos y de la ciudad de Riga. Tomás Schoning había logrado del emperador Carlos V unos decretos penales que imponían el reconocimiento del convenio de Lubek y el duque Alberto había sabido inducir á los caballeros archidiocesanos á que reconocieran á su hermano. En igual sentido había trabajado Lohmuller, y el proceder de Riga, que era la parte mas interesada, movió á Reval y á Dorpat á tomar una actitud favorable al marqués. A todo esto vino á agregarse finalmente la apremiante intercesión de los muchos conservadores de la archidiócesis de Riga (los reyes de Dinamarca y Polonia y los príncipes de Brandeburgo, Prusia, Pomerania y Meklenburgo) que por diversos motivos apoyaron á Tomás y á Guillermo. Solo una completa unanimidad hubiera podido hacer frente á esta presión.

No quedaba, pues, otro remedio sino aceptar el propuesto arbitraje de los obispos de Dorpat y de Oesel-Reval (Jorge

de Tiesenhausen). La alianza que Plettenberg había concertado en Wolmar (1526) con los estados y con los prelados, fué «asesinada y partida en dos» y con los sellos arrancados del documento se desvanecieron todos los planes y todas las esperanzas enlazadas con aquella dieta.

El arzobispo Tomás obtuvo la semi-soberanía de Riga y en Dalen, distante tres millas de esta capital, recibió el homenaje de la ciudad el día 14 de agosto de 1530. Pocos meses despues, á pesar de todos los obstáculos que hasta el

último momento había acumulado en su camino Plettenberg, entró en Livonia el coadjutor marqués Guillermo. El día 13 de octubre prestaronle homenaje los caballeros, y el nuevo gobernante estudió el terreno para buscar un campo adecuado á su actividad y á su ambición. Mucho le contrarió no haber podido presentarse oportunamente candidato á la sucesión del obispo Tiesenhausen, fallecido el día 2 de octubre de aquel mismo año. A fines de 1532 se dejó nombrar, por instigación de Jorge de Ungern, obispo de Oesel en sus



Sepulcro del último arzobispo de Riga, Guillermo, marqués de Brandeburgo (de un dibujo hecho en 1826 por Carlos Baron Ungern-Sternberg).

titucion de Reinaldo de Buxhowden, que había reñido con su cabildo y sus caballeros, nombramiento que fué causa de violentas contiendas en Livonia. En este asunto no fué duradero el triunfo de Guillermo, sino que en definitiva venció Reinaldo, y esta desagradable cuestión continuó entre luchas y procesos hasta que Buxhowden se retiró voluntariamente para dejar su puesto á otro, pero no al marqués Guillermo. El coadjutor tampoco realizó las esperanzas de Riga, pues exteriormente siguió afiliado á la Iglesia católica y no ejerció ni positiva ni negativamente influencia alguna en la propagación de la Reforma por Livonia. No fué una ambición de alto vuelo la que le llevó á Livonia: con dinero y territorios se contentaba. Muy inferior á su hermano y al anciano maestre en punto á dotes políticas y militares, no supo atraerse ni á los católicos ni á los protestantes: su acción fué des-

tructora, no creadora. Plettenberg durante los últimos años de su vida se dedicó á la penosa tarea de mantener unido aquel país, por los desórdenes religiosos desmoralizado. También se le quiso dar como coadjutor á un príncipe alemán, pero el maestre supo rechazar esta imposición. Plettenberg en sus últimos tiempos se volvió mas desconfiado que nunca contra toda innovación que pudiera poner en funesto movimiento la fermentación en que la confederación livonia se hallaba y no puso ya obstáculo alguno á la difusión de la Reforma. Tomás Schoning vióse obligado á tolerarla en Riga y á renunciar para lo sucesivo á toda alianza extranjera. El maestre renovó en 1531 la paz con Rusia prorogándola por veinte años mas y los prelados y los estados todos de Livonia se obligaron á no unirse en lo futuro con el reino de Polonia ni con Lituania, obteniendo, en cambio, las acostun-

bradas seguridades en pro de la libertad de comercio y de tráfico.

El maestre consagró toda su actividad á fomentar el bienestar material del país, que entonces floreció como no había florecido antes ni volvió á florecer jamás; pero no pudo des-

truir las causas internas de la próxima ruina, á saber: el sensualismo y el egoísmo, así de los particulares como de los estados. El porvenir definitivo de Livonia dependía de los Estados vecinos, de cuyos ataques Plettenberg procuraba con gran cuidado defenderse; pero si los livonios no llega-



Sellos de las ciudades de Wenden y Pernau (tamaño del original).

Wenden: en el campo una muralla almenada con sus torres, sobre las cuales anda un hombre armado de un escudo redondo y con la espada en alto. Inscripción: SIGILLVM CIVITATIS DE WENDA. — Pernau: en el campo un brazo extendido sosteniendo una cruz y al lado una llave. Inscripción: SECRETVM CIVIVM DE PERONA.

ban á la union, que siempre se había esforzado el maestre por conseguir, indefectiblemente habían de acabar por sucumbir ante la rapacidad de sus vecinos. Polonia ó Rusia, tal era la cuestion del porvenir.

Entregado á tales cuidados, falleció el maestre en Wenden, en 28 de febrero de 1535, despues de cuarenta y un años de gobierno, «en buena edad — así dice la fuente de

donde hemos sacado nuestros datos, — sentado en una silla y teniendo ceñida la espada.» Fué enterrado en Wenden, donde se conserva todavía la losa que tapa su sepultura. Su estatua de bronce, que existe en la *Walhalla* de Ratisbona, demuestra que la nacion alemana venera en Plettenberg á uno de los hombres que sirvieron de fundamento á la fama del nombre aleman.

IVAN EL TERRIBLE Y SU ÉPOCA

CAPITULO PRIMERO

ELENA GLINSKI Y EL PERIODO DE LA DOMINACION DE LOS BOYARDOS

La sociedad rusa tal como se había desarrollado hasta tener un sistema político propio, basándose siempre en los fundamentos antiguos eslavos y guiada por su ortodoxia bizantina, bajo el yugo de los tártaros algunas veces, y otras luchando con esta opresion, tenía su centro en la enérgica é inteligente dinastía de aquellos grandes duques de Moscou que desde los tiempos de Ivan Kalita había sabido identificarse con la idea de Estado de los rusos. La union del imperio alrededor de Moscou había traído como consecuencia necesaria una guerra de destruccion contra todos los poderes particulares: los príncipes parciales y las ciudades libres habían sucumbido ante Moscou y en todo el vasto imperio no había una sola voluntad que pudiera oponerse á la del omnipotente gran duque. Con mucha mas razon podía decirse esto en tiempo de Vassili, quien, aunque no tan violento como Ivan III, no había soltado de su mano ninguno de los hilos por medio de los cuales su padre había dirigido los destinos de su pueblo con tan invencible tenacidad como desconsiderada energía.

La idea del poder absoluto del gran duque había llegado á ser dogma del pueblo, que había permanecido tan aferrado á él como á la herencia religiosa que creía haber recibido de sus mayores. Este pensamiento religioso de tal modo se fundió con la idea monárquica, que á los ojos de los contemporáneos los dos eran una misma cosa: el que se levantaba contra el gran duque se hacía culpable de un crimen religioso y, viceversa, el que se apartaba de los antiguos preceptos religiosos delinquía contra la majestad del soberano. Esto que pasaba entonces acontece aun ahora, por mas que en el transcurso de los siglos se haya querido disimularlo; el reconocimiento de este hecho es una condicion previa para comprender bien la historia de Rusia.

La Rusia moscovita por consiguiente imprimió á sus guerras el carácter de guerras religiosas, ya que la conciencia popular apenas hacía distincion entre los mahometano-tártaros y los Estados cristianos de Occidente. Si á los unos se les denominaba impuros (*pogannyje*), los católicos y despues los protestantes eran á los ojos del pueblo anti cristianos (*ne-christy*); así es que los rusos, luchando contra la católica Polonia y contra la Livonia, creían cumplir un deber cristiano tanto como guerreando contra los tártaros. Unos y otros significaban lo contrario de lo que en la patria se veneraba y unos y otros eran, por lo mismo, igualmente despreciables y la confesion cristiana disidente mas odiosa, quizás, que el paganismo y el islamismo.

Ambos fundamentos del concepto que del mundo se te-

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

nian formado los rusos fueron puestos á prueba de dentro á fuera y de fuera á dentro desde la segunda mitad del siglo décimosexto. A la muerte de Wassili, el poder mayor de la tierra pasó á manos de aquel niño que fué con el tiempo Ivan el Terrible y que abusó de su poderosa situacion como ningun soberano había hasta entonces abusado; pero las naciones extranjeras heterodoxas, despues de haber fracasado en sangrientas guerras la tentativa hecha por Rusia para asimilárselas, penetraron á su vez en són de conquista en los territorios rusos con el propósito de ejercer en ellos una soberanía política y religiosa duradera. El capricho de los boyardos rusos pudo durante algun tiempo celebrar sus orgías contrarias al ilimitado poder del gran duque, mas cuando aquel sistema fué ahogado en sangre y cuando la misma dinastía dominante sucumbió al peso de sus propias culpas, estalló una nueva crisis, de resultas de la cual parecía que Rusia iba á ser botín de las potencias extranjeras. El eslavismo polaco se levantó contra los magnates rusos, y el catolicismo llevado por la idea de la contra-reforma alzóse contra la Iglesia ruso griega, llegando hasta el punto de sentar temporalmente sus reales en el mismo Kremlin de Moscou; pero el levantamiento popular, en el cual se dibujó enérgicamente el carácter monárquico nacional, rompió completamente esta tendencia, y con la dinastía de Romanoff resucitó en 1613 la antigua Rusia.

Y sin embargo, ¡cuánto cambiaron las cosas desde el siglo decimoséptimo! Un mundo de ideas extranjeras procedente del Oeste había penetrado como levadura en aquel poderoso Estado ruso-oriental, y aunque tales ideas no fueron por él adoptadas ni absorbidas, marcharon paralelamente á él siendo objeto de desconfianza para el pueblo y de odio para el clero y profesadas por los pocos que comprendían su importancia como instrumento, en definitiva utilizable, para aquellos fines que debían servir á la idea fundamental que los rusos tenían formada del Estado y del mundo.

Es conveniente anticipar estos puntos de vista histórico-generales cuando se quiere estudiar el período de Ivan IV tan abundante en alternativas y en cambios sorprendentes. La segunda mitad del siglo décimosexto significa una crisis aguda para la Europa oriental: los tres Estados que son objeto de nuestro estudio, Rusia, Polonia y Livonia, fueron arrastrados á ella; y aunque los hilos de su historia estuvieron constantemente entrelazados, de sus males participó tambien la Europa de Occidente. Desde los tiempos de Ivan el Terrible fué Rusia un factor esencial en la política europea.

Ya hemos visto que el gran duque Wassili, cuando le sorprendió la muerte en 3 de diciembre de 1533, había tenido antes de morir tiempo suficiente para arreglar los asuntos de su familia y de su Estado. De sus dos hijos, menores de edad todavía, Ivan, que era el mayor y que solo contaba tres años, debía heredar el imperio y la corona, pero bajo la tu-